

FRAGMENTOS

A

Miro a mi alrededor para comprobar que nadie me conoce y yo no reconozco a nadie, y entonces me siento aliviado en un burdo banco de hormigón que no es más que un gigantesco bloque pulido de aquel material sin siquiera un respaldo que deja los coches, cientos de motores humeantes, a mi espalda y las personas, un flujo continuo de ellas que caminan como si supiesen dónde van, frente a mí.

Hace años yo también era uno de ellos: arrastraba mi cuerpo sorteando obstáculos vivos y supuestamente inteligentes. Salía de casa a las siete de la mañana y volvía en torno a las ocho de la tarde caminando despacito, respirando hondo e imaginando que los árboles de sombra del parque eran parte de un gran bosque donde podría decidir perderme y nadie me encontraría en días. Aunque lejos de esas fantasías, como pude comprobar, lo más probable era que sencillamente nadie se molestase en buscarme. Trece horas fuera de casa, una de tareas domésticas, otra de lectura y ocho de sueño reparador; nunca llegué a tener claro qué pasaba con la otra.

Me recuesto y mi espalda agradece el contacto con algo duro. Miro al cielo y compruebo que por encima de la capa de contaminación que se acumula hacia finales de semana está nublado. Aunque apagasen las luces, esta noche no tendría que ver ninguna estrella y me resulta agradable pensar que hoy puedo decidir no verlas brillar, aunque en realidad no sea yo quien lo haya hecho. En realidad nunca he decidido nada y por tanto, nada de lo que me ha pasado ha sido fruto de mis actos y todo lo que me ha ocurrido es resultado de mi indolencia.

A veces me sentaba en medio del parque, en un banco de hierro y madera con el escudo del ayuntamiento grabado, a buscar estrellas fugaces a las que pedir deseos. Todos los jueves en torno a las ocho menos diez pasaba una estrella fugaz de línea regular a Buenos Aires a la que siempre le pedía lo mismo.

Cómo imaginar que me lo iba a conceder y que maldeciría no haber pedido otra cosa, si la juventud no es tiempo para grandes reflexiones acerca de deseos y aspiraciones.

Saco el libro de la mochila y luego la pongo en un extremo del banco a modo de reposacabezas para que me permita leer un poco más cómodo. Mido la tapa entre el pulgar y el índice y descubro que el editor ha sido generoso esta vez; tal vez creyese que el libro va a venderse bien. Me salto el índice con el pulgar, como siempre, y me

detengo en una hoja en blanco porque sé que tras ella me espera un torrente que dejará de estar bajo mi control y ya no podré detener hasta encontrar otra página en blanco exactamente igual a esta justo al final. Ya no recuerdo si entonces también tuve en algún momento esa sensación pero supongo que si la hubiese tenido no hubiese hecho nada. Me pregunto qué pasaría si arrancase esa página en blanco y también la del final, pero sé que nunca lo haría. No. No lo haré porque sé que si lo hiciese, el libro entero se desharía entre mis manos y las hojas saldrían volando una a una con esta leve brisa. Me quedo mirando la hoja en blanco para intentar recordar si entonces tuve en algún momento la certeza, o siquiera la impresión de que ya no podría frenar lo que estaba por venir. Fuese lo que fuese.

Cuando llegué a casa aún se estaba poniendo el sol y en el buzón asomaban varios sobres. Me gustaba encontrármelos allí y sentir que algo me esperaba en casa. Noticias del mundo que tenían la paciencia de aguardar en mi portal desde la mañana hasta última hora de la tarde. Además de la publicidad, me encontré una revista de negocios y otra de viajes y entre ellas un sobre con mi dirección escrita a mano con tinta verde que me costó no abrir hasta haber tirado la publicidad y el plástico que recubría las revistas y poder tumbarme en el sofá.

Dentro del sobre, una postal de la ciudad de Brujas me mostraba la estatua de Van Djick con un río al fondo flanqueado por las preciosas casas tan típicas de la ciudad que había visto precisamente en el penúltimo número de la revista que acababa de recibir. En la otra cara, un número y cuatro palabras de las que sobraban tres: “Estoy en Brujas. Llámame”. No firmaba pero no hacía falta. Si escribía con tinta verde y sin perder el tiempo en rodeos, no podía ser otra persona. Me la imaginé intentando escribir algo más que el necesario “llámame” y valoré el esfuerzo de decirme donde estaba aunque la postal ya lo dejase claro. Me lo tomé como una atención especial que me hizo sentirme aun más privilegiado por recibir su carta. Marqué el número de la tarjeta y mientras pensaba en que probablemente no consiguiese que me lo cogiese en unos cuantos días, porque no era persona de estar parada en casa, el teléfono sonó y me lo descolgó.

-¡Hola!- siempre contestaba así, como si supiese en todo momento quién llamaba y solo le quedase saludarle, dejando al otro la responsabilidad de empezar la conversación.

- Hola, ¿qué tal? - respondí todavía sin saber qué más decir.
- Pues empujando, que no tirando – soltó, y añadió la misma carcajada de siempre que usaba ese chascarrillo -y tú, supongo que ya a punto de llegar a director general

¿no? Menuda carrerita que llevas.

“No, todavía no”, dije y me reí sin ganas. - Me paré en director comercial. Sabes que no está entre mis aspiraciones tener grandes responsabilidades. Comercial está bien: gano bastante dinero y aunque le hecho bastantes horas no me canso.

-¿Y tú qué? Veo que sigues rodando por el mundo, ¿no? ¿cómo te va?

- Pues nada, ahora ando por Brujas. Estaré por aquí unos meses.

-¿En Bélgica?- pregunté yo, casi extrañado por que pudiese pasarse varios meses seguidos en la misma ciudad.

- Bueno, por Europa en general- concedió. –Aunque supongo que sí, que estaré sobre todo por Bélgica y en Brujas en particular.

Había conocido a Alejandro catorce años antes de aquella llamada, cuando él acababa de cumplir otros tantos y a mi aun me faltaban unas semanas para hacer lo propio. Durante casi diez años se nos vio juntos a menudo; casi todos creyeron que habíamos decidido estudiar la misma carrera para poder seguir juntos y alguien incluso llegó a decirnos que tarde o temprano nos tocaría separarnos, así que no deberíamos seguir tomando decisiones en comandita. Pero lo cierto es que no hubo ninguna relación de causalidad y nunca pretendimos retardar el momento de nuestra separación.

Hablamos durante unos minutos de nuestras vidas y de un pasado aun no muy lejano en el que ambos soñábamos con una vida ideal a la que, según yo lo veía, solo él se había conseguido acercar. Solo cuando pareció que ya nos habíamos contado todo –en realidad, como cabía esperar, sabíamos que no era así pero la magnitud de lo que permanecía oculto era desconocida- e iba a hacerse uno de esos silencios en que solo es posible despedirse y colgar o lanzar una pregunta abstracta del tipo “¿y entonces, qué?” para reiniciar la conversación en una nueva ronda más personal, liberada de innecesarias cautelas, más despegada de la anécdota o el relato y próxima al sentimiento, Alejandro soltó las dos palabras –la mitad que las de la tarjeta, esto me parece relevante aunque sea como anécdota- que comenzaban la parte real de la conversación, la que debía explicar por qué me había enviado una postal pidiendo que le llamase, pero que en realidad no hacía sino empezar a situar en un mapa que aun no había siquiera empezado a trazar una serie de incógnitas. Con su voz queda, su habitual entonación y ritmo tranquilos, dijo “Necesito verte”.

Habituado a mi vida de estructura casi circular en una capital de provincias, preparar el viaje a Bélgica supuso entonces algo así como un hito, un reto que se me antojaba más complicado de lo que seguramente lo fuese para la mayor parte de los mortales pero cuya consecución me dejó satisfecho con mi desempeño. A veces mi trabajo me requería realizar algún viaje, pero aquellos eran cortos y muy rara vez había tenido que salir del país. Y, lo más importante, siempre me encontraba los billetes de tren o avión, la dirección del hotel y los vales necesarios para abonar la estancia en el mismo en un sobre encima de mi mesa. Todo estaba pensado para que yo me centrara en hacer “mi” trabajo y para eso, otro se hacía cargo de la porción que incluía desde adivinar si prefería asiento par o impar hasta recordarme con la antelación precisa la cita con el personal de embarque, no tanto por desconfianza hacia mi memoria –que es, al fin y al cabo, una de las pocas virtudes de que puedo presumir- como por un muy interiorizado sentido profesional. Más de una vez había pensado que María, la chica que cada mañana recibía a todos con una sonrisa, podría hacer mi trabajo mejor que yo, pero cuando me había parado a considerar si yo podría desempeñar el suyo con la misma eficacia rápidamente concluí que seguramente el resultado sería desastroso. Así que cuando me sorprendí comparando horarios y precios, fui consciente de que no solo sería capaz de moverme relativamente bien entre aquella jungla de ofertas, conexiones, compañías y hoteles, sino que además recordé que suponía una actividad bastante estimulante el planificar un viaje.

Se me ocurrió entonces preguntarme si María sentiría alguna clase de emoción que no fuese indiferencia cuando tenía que hacer lo mismo para alguno de sus compañeros, si experimentaría la misma sensación de triunfo que acababa de embargarme a mí cuando conseguía ahorrar un buen puñado de euros en un mismo vuelo. [Recordé tantas veces que, con una sonrisa de oreja a oreja me había anunciado que había conseguido que me incluyesen un desayuno buffet junto con el alojamiento, o un coche con conexión para mi reproductor de música]

Todo esto tenía lugar un miércoles. El viernes a primera hora de la tarde tomaría un coche de alquiler y conduciría durante algo más de cuatro horas a Madrid, donde tomaría un vuelo a Bruselas. Allí me recogería Alejandro. Disponía de la jornada del jueves y toda la mañana del viernes para atacar algunos asuntos pendientes en el trabajo, así como para solicitar un par de días de vacaciones que me permitiesen aterrizar el lunes a última hora en Madrid y decidir si emprendía inmediatamente la vuelta en coche

para descansar en mi cama o hacía noche en la capital y regresaba con calma a casa con la luz del día. Teniendo en cuenta que, transcurrida una buena parte del año, aun no había agotado siquiera las del anterior y que gozaba de una autonomía bastante amplia en esos asuntos, estaba seguro que no habría ningún problema a pesar de lo precipitado de los planes que habíamos acordado Alex y yo. Poco importaba que esa autonomía no fuese tanto un gesto de confianza como una concesión fundada en un cálculo puramente analítico acerca de lo que mis centenares de horas anuales aportaban y detraían del negocio. Una cuestión, como tantas otras, de números. Números que en este caso me favorecían.

No dejaba de ser una ventaja envidiable que no todos mis compañeros podían disfrutar, cierto, pero con el tiempo había terminado incluso por aborrecer esa clase de supuestos privilegios que se me habían ido brindando con la esperanza –o la certeza- de que no los ejercería sino que, al contrario, me conformaría con saber que existían y redoblaría mis esfuerzos en correspondencia. No culpaba tanto a mis superiores de esto como a mí mismo. Al fin y al cabo, era yo el que desechaba casi por sistema cualquier oportunidad de hacer algo diferente, de disponer de mi tiempo libre. Algún observador imparcial podría pensar que me había autoimpuesto alguna clase de penitencia, pero se trataba de algo bastante más prosaico pero mucho más peligroso: la fuerza arrolladora de una costumbre contra la que solo de forma muy ocasional me sentía con ímpetu suficiente para rebelarme.

No importaba si era la conversación con Alejandro, la recuperación sorpresiva de aquel vínculo latente con un pasado que se mostraba en mi mente cercano al tiempo que remoto –tal vez porque cada cosa ocurría en un plano diferente-, lo que había motivado mi euforia, lo que había obrado el pequeño milagro de conjurar la desidia. No importaba la perspectiva de interminables horas de coche, volver a tomar un avión después de tanto tiempo. De repente, solo importaba aquel viaje, volver a ver a Alejandro y averiguar qué tripa se le había roto para convocarme a una ciudad con un nombre que siempre me había sonado cautivador como ‘Brujas’. Me sentía ilusionado, ansioso ante la perspectiva de aquellos días que habrían de ser diferentes, tal vez sorprendentes. Pero desde luego, no imaginaba para nada lo que esa combinación caprichosa de azar, elección e interacción que algunos llaman destino –curiosa denominación para la incógnita de una ecuación que se nos antoja inextricable- me tenía reservado. Cuando el viernes tomé el coche rumbo al aeropuerto, aun creía que aquello era solo una visita de trámite. Unas pequeñas vacaciones. Iluso.

En mi improvisado oasis de cemento gris quizás sea el centro de bastantes miradas. No sé muy bien por qué, pero ese pensamiento viene a mi mente y, comoquiera que no consigo apartar esa idea sin buscar confirmación o desmentido en la realidad, resuelvo levantar la vista y mirar alrededor. Aunque el lugar en que me he situado es amplio, un intento de plazoleta que se queda en poco más que un ensanche de las aceras sin pretensiones ni otra flora que la que sobrevive en dos grandes maceteros de metal que se adivinan recién barnizados con una pátina destinada a dar un aspecto envejecido, la percepción última es la de un espacio perdido. El leve desnivel de la calle es salvado en la parte más cercana a mi fortín –y a la calzada- por media docena de escalones anchos y largos pero de una altura casi ridícula y más allá, con la separación de una barandilla que también luce pintura de estreno, por una rampa cuya dificultad cabría calificar de inexistente y que nadie parece animarse a usar. Ancianos, jóvenes, madres con y sin sus hijos, e incluso ciclistas –estos últimos parece encontrar en la disposición de los escalones un extraordinario acicate para su pericia- se rinden a la línea recta –tanto topográfica como social- de los peldaños y sospecho que si apareciese de repente alguien por la esquina cabalgando una silla de ruedas también le veríamos bajar, orgulloso, los seis pasos.

Durante unos minutos me detengo a conjeturar acerca del destino –en tanto rumbo- de algunas de esas personas. Resulta lógico pensar que el hombre del traje oscuro de raya diplomática que camina a buen paso tomando nota de algo en la esquina de un periódico doblado en cuatro partes que intenta abarcar en su mano izquierda mientras sostiene el teléfono móvil contra su oreja apoyándose en el hombro se encuentra en medio de una ajetreada jornada laboral, tal vez acabe de salir de una reunión que se ha dilatado más de lo previsto y se encamine a otra que sea la última del día. O tal vez esté ultimando telefónicamente algún detalle y en cuanto pueda librarse de la indudablemente embarazosa postura que ha adoptado para esa última llamada imprevista apagará el teléfono, aflojará el nudo de su corbata burdeos y se dirija a su casa. Tal vez allí le esté esperando su gato, que aparecerá de alguna parte cuando se abra la puerta meneando suavemente la punta de su cola enhiesta, frotará su cuerpo primero con el perfil de madera y, tras acariciar con su frente y su naricilla el pantalón, dará media vuelta para guiarle hacia el interior de la casa a mostrarle algún descubrimiento invisible o el rincón donde le esperaba. O puede que vaya a cenar a casa de su madre, que le contará que la vecina del cuarto se ha liado, a sus años, con un chaval que es casi tan joven como tú y,

no contenta con pasearse de su mano por el barrio, exhibe sin pudor en el tendero la lencería de estreno que acredita su condición de renacida carnal. O tal vez no haya gato ni madre, y el hombre del traje desate su corbata para tomarse un gin-tonic con una mujer sin nombre. En cualquier caso, en tales cábalas, el destino del hombre de la corbata burdeos es poner fin, aunque sea temporalmente, a la inquietud y la prisa que ahora mismo secuestran sus movimientos y los de tantos otros que pasan por mi lado y que parece que, afortunadamente, no me prestan atención.

Me gusta ser invisible para ellos. Reparo en que hace mucho que no he visto mi imagen y que no sé qué aspecto tengo ahora mismo. Lo cierto es que no me preocupa, así que no sopeso siquiera la opción de acercarme al escaparate de la tienda más cercana para usarlo de espejo. Tan solo me serviría para ver al otro lado a un tipo escuálido, con una barba y una cabellera descuidadas, un monigote vestido con harapos rascándose la cabeza. Un vagabundo.

El viaje hasta Bruselas fue bastante agradable y rutinario, salvando algún imprevisto sin mayor importancia, como la pequeña odisea que supuso abrir la tapa del depósito de carburante del coche que había alquilado en el momento en que paré a repostar. Cuando aterrizamos en el aeropuerto iba henchido de expectación. Expectación por conocer la ciudad, descubrir con mis propios ojos los rincones que había visto antes por ojos de otros, y expectación por reencontrarme con Alejandro después de bastante tiempo.

Nuestro último encuentro había sido cuando a raíz de una fugaz visita que había hecho a Madrid, su madre consiguió que tomase un tren e hiciese una aun más breve a una casa que ya no era la suya. Si exceptuábamos aquella ocasión, cosa que tampoco sería muy osado hacer habida cuenta que apenas habíamos tenido ocasión de saludarnos, hacía ya algo más de seis años que no nos veíamos. Habíamos mantenido un cierto contacto escrito, que fue especialmente prolijo los primeros meses para ir luego perdiendo intensidad con el tiempo. Alejandro me enviaba postales, cumpliendo con la petición que yo le había hecho cuando partió hacia un primer destino del que entonces yo creía que estaría de vuelta al cabo de tres meses, y yo le respondía a su correo electrónico por considerarlo el único buzón en el que mis disertaciones sobre una realidad trillada podían llegar a encontrarle.

A pesar de que sus postales no eran lo que se dice minuciosas en detalles acerca de los viajes, durante aquellos primeros meses hice una buena colección de tarjetas que daban cuenta de sus aventuras por el mundo. Todas ellas con mi dirección escrita en tinta color

verde con su habitual caligrafía apresurada pero delicada y ciertamente inmutable, de trazos redondeados que parecieran haber sido estampados sin levantar el bolígrafo del papel, por cómo todas las letras de cada palabra se conectaban entre sí. Un surco verde arrancaba en la esquina inferior izquierda de la 'D' mayúscula y la atravesaba hasta la cresta de la 'I'. Si examinaba el envés de cada una de aquellas postales, vería exactamente los mismos trazos invariables especificando mis señas. Los mismos ceros cruzados por una línea oblicua ligeramente abombada aparecían en el código postal, delimitando el conjunto vacío de mi vida. Algo más de tres años habían transcurrido entre la postal de Buenos Aires y la de Nueva York, y casi otros tantos entre esta y la de Brujas que llegó a casa dentro de un sobre en lugar de presentarse desnuda en mi buzón como parecían indicar las convenciones de la correspondencia.

Entraba dentro de lo lógico que poco a poco sus misivas se fuesen espaciando cada vez más a medida que sus viajes iban dejando de ser una correría, una excursión, y convirtiéndose en su nueva vida, una especie de rutina nómada que le empujaba a lo largo de diferentes ciudades y países. Al fin y al cabo, yo tampoco le enviaba crónicas de mi existencia en la oficina, de mis jornadas de diez u once horas, mis almuerzos en el comedor de la empresa o en la cafetería de dos calles más allá –un bar familiar que debía llevar allí en torno a treinta años y cuyo mayor encanto residía precisamente en que parecía no haber experimentado cambio ni reforma alguna desde entonces–, las reuniones, los libros que leía después de cenar o las películas que veía un mis sesiones dobles del fin de semana, la sonrisa balsámica e inocente de la chica morena del primero, una jovencita de dieciocho o diecinueve años que, Alejandro, también estudia Matemáticas como hicimos nosotros. Me saluda educadamente cuando me cruza en el portal, con su libro de cálculo diferencial bajo el brazo y por un momento vuelvo atrás esos diez años que nos separan, me imagino compartiendo con ella las jornadas de estudio, un día en su cuarto del primero y otro en el mío del cuarto. La veo ilusionada, vital, llena de proyectos, aspiraciones y expectativas como estábamos nosotros y entonces, Alejandro, no siento el profundo desencanto que otras veces me embarga sino que por el contrario, experimento solo una intensa añoranza y una lúcida percepción de lo que es la felicidad que, por un momento, me empuja a salir a la calle a cantar alabanzas a la vida. A veces escribía a Alejandro un correo electrónico más o menos en esos términos, pero luego lo borraba porque no me sentía con derecho a interrumpir su vida para pedirle que prestase atención a la mía, que no dejaba de ser una más despojada

de interés, así que nuestras largas horas juntos a diario de antaño terminaron convirtiéndose en apenas un par de mensajes más o menos protocolarios al año.

Frente a mi día a día desprovisto de interés, la trayectoria de Alejandro se me revelaba envidiable, apasionante, y encontraba una especial satisfacción en encontrar periódica confirmación de que al menos él parecía haber sobrevivido al tedio, en seguir sus andanzas. Por eso cada mes leía con deleite las revistas que me las mostraban a todo color. Por eso cuando aterricé en Bruselas esperaba con impaciencia reencontrarme con un Alejandro jovial y entusiasta. Pero quien espera con impaciencia es, a menudo, quien más boletos tiene para ser decepcionado por la realidad. Esa, y no otra, sería la idea central en torno a la que se articularía todo aquel fin de semana. Decepción.

No fueron las matemáticas las que llevaron a Alejandro a recorrer el mundo, solo las que le sacaron por primera vez de España. El último curso se presentó una mañana exultante con una hoja impresa que contenía las bases para una beca en la sucursal bonaerense de un banco que estaba expandiendo su negocio por Latinoamérica. Durante las siguientes semanas no dejó de hablar de la posibilidad de pasar aquellos tres meses en Argentina, aunque en ningún caso su charla al respecto resultaba pesada sino que, más bien al contrario, resultaba casi imposible no contagiarse de su entusiasmo cada vez que te hacía partícipe de cada uno de los pasos que le acercaban a su objetivo. Si bien él era más precavido, quienes le conocían nunca dudaron de que aquella plaza sería para él. Alejandro no era un triunfador, un tipo acostumbrado a la victoria ni tampoco especialmente seguro de sus capacidades pero, seguramente por todo ello, cuando algo captaba su atención se volcaba en ello con toda su energía y a menudo obtenía resultados sobresalientes.

Más allá de un par de breves escapadas en verano con sus padres, unos señores que a mí me parecían muy mayores en contraposición con los míos, aquella beca sería su primer viaje de verdad, así que resultaba lógico su nerviosismo al respecto. Aquella beca no implicaba solo un reconocimiento a su esfuerzo lectivo, la posibilidad de aprender muchas cosas sobre análisis de riesgos o empezar una carrera profesional en el sector de la banca, que era sin duda lo que convenció a sus padres para que no se opusieran esta vez con la firmeza de otras al empeño de Alejandro, sino que significaba también una aventura de nada menos que tres meses de libertad, una suerte de liberación adolescente tardía.

El día que le confirmaron que su candidatura para el banco había sido elegida y comenzó a preparar todo para el viaje me dijo “¿imaginas todas las fotos que podré sacar allí?”, con una expresión de emoción que hubiese convertido la envidia de cualquier otro aspirante frustrado en gozo por saber que los designios de los prebostes del banco y la universidad habían recaído no solo sobre el mejor expediente sino, y eso era lo más importante, sobre la persona que más se merecía y deseaba aquella oportunidad.

La afición por la fotografía de Alejandro le acompañaba desde algo antes de su adolescencia. Ya cuando nos conocimos solía arrastrar siempre consigo una sencilla cámara automática que algún pariente le había regalado cuando celebró su primera comunión y a la que sacaba un indudable partido. El impacto que en la economía de un adolescente podía tener la compra de un carrito o, más aun, su revelado, había terminado por dotarle de una especie de sexto sentido que hacía que rara vez tuviese que despreciar una toma. Tenía una especial habilidad para captar los momentos más intensos de una acción, los detalles más extraordinarios de una escena, y las expresiones más auténticas de una persona.

Un joven con una afición inofensiva, aplicado en los estudios y disciplinado que consiguió, el verano que transcurría entre el examen de selectividad y el comienzo de la carrera de matemáticas, que sus padres le regalasen una cámara réflex de segunda mano que terminaría por convertirse en su compañera casi inseparable y en origen de más de una discusión familiar por el interés, a juicio de sus padres excesivo, que le procuraba. Su padre, un hombre menudo y de espalda encorvada, con unos ojos pequeños y vivaces que te examinaban por encima de las gafas casi con la misma reserva que si fueses un desconocido al que acaba de abrir la puerta, era por supuesto consciente de muchas de las virtudes de su hijo y creo que apreciaba incluso el talento de algunas de sus fotos, pero no disimulaba que preferiría que su chico apartase un poco la vista del visor de la cámara y se dedicase un poco más de atención a otras cosas “más normales” que, solía decirle “no vas a encontrar una mujer escondido detrás de la cámara”.

En efecto, tal vez pudiera decirse que en ocasiones Alejandro prefería mirar la realidad a través del visor de aquella cámara fotográfica, pero desde luego eso no le convertía en un ser taciturno sino que era más bien su forma de enfrentarse a la confusión de una existencia que no era capaz de comprender con números y fórmulas, el nexo entre las matemáticas y el alma del mundo. Así que resultaba más que lógico que la cámara le acompañase en su experiencia y, aunque su padre se apresurase a señalar que no iba a

Argentina “a hacer un safari fotográfico, sino a trabajar y a aprender, a demostrar lo que vales y forjarte una carrera profesional”, la idea de disponer de un nuevo escenario para enredar con la luz y con el tiempo era acaso una de las motivaciones esenciales de aquel viaje al que partió, como no podía ser menos, con su inseparable bolsa como pertenencia más preciada.

Así que cuando el espejismo del milagro económico se desmoronó en una pesadilla, Alejandro estaba en la sede central del banco rodeado por una multitud que se sentía estafada y engañada, retratando desde dentro aquella decepción con la cámara. La siguiente noche, que hubieron de dormir en las oficinas del banco, su jefe firmó la memoria de sus prácticas eximiéndole así de las dos semanas que aún le quedaban de trabajo para poder tomarse él mismo unas vacaciones bien lejos de los disturbios que intuía que solo habían empezado.

Aquella fotografía que reflejaba desde el interior del banco asediado la desesperación de un pueblo entero se publicó en un par de diarios españoles y, junto a otras tomadas el mismo día, terminó dando la vuelta al mundo y convirtiéndose en parte de la crónica de un naufragio y de la rebelión de sus náufragos. En cuanto que tuvo ocasión, Alejandro dispuso del dinero que le habían ingresado en España por la beca y puso rumbo a Tierra de Fuego. Con el dinero que había cobrado por la imagen, ordenó dos transferencias a sus padres, una del importe exacto que habían pagado por la cámara, y otra por el resto. En la descripción de la primera puso “Por la cámara...” y en la segunda “...y por las molestias”. Fue un acto de rebeldía tal vez poco ponderado, puede que incluso un poco cruel, pero Alejandro necesitaba instituir de alguna manera su condición de adulto, la potestad de equivocarse por sí mismo, de perseguir la felicidad, conocer mundo, de escarbar en busca de respuestas y engañarse creyendo encontrarlas. Sobre todo engañarse.

Tras aquella instantánea y su particular catarsis austral, el regreso de Tierra de Fuego lo hizo convertido oficialmente en fotógrafo. Empezó militando en la trashumancia de la noticia, recibiendo sucesivos encargos casuales de medios que habían publicado su retrato de la desesperación de quien reclama un dinero que nunca existió, publicaciones que le suponían aun por la zona y cuyos encargos fueron posponiendo su regreso persiguiendo la actualidad: ahora a Chile, luego a Venezuela y de vuelta a Argentina. Aquellas primeras postales contaban las hazañas para conseguir cruzar fronteras ayudado por los trámites desde España de sus recién adquiridos contactos en la prensa,

reflejaban la fascinación ante aquellas oportunidades que le iban surgiendo y que desde luego no podía rechazar.

Viajaba gratis, le pagaban razonablemente bien y, sobre todo, estaba disfrutando con esplendidez aquellas oportunidades. No era una cuestión de vanidad, cualidad que nunca observé en Alejandro, sino una especie de autorrealización espiritual que nacía de la creación, una emoción que con toda seguridad había sentido toda su vida cada vez que tomaba una fotografía pero que de repente se multiplicaba, se reproducía en su interior y le acariciaba hasta que se dormía plácidamente en la pensión de turno o en la bañera de algún pick-up. La fotografía había sido su mejor amiga desde hacía ya mucho tiempo y él nunca le había pedido más, era feliz solo con saber que estaba allí cuando necesitase desahogarse, relajarse, olvidar, recordar, reír o llorar. Pero ahora, *ella* era algo más. En algún momento durante aquellas semanas, ambos dieron el siguiente paso y diríase que se dieron las llaves de sus respectivas almas. Un amigo nota esas cosas aunque sea a miles de kilómetros de distancia. Solo había que ver sus fotos para darse cuenta.

Los viajes en busca de la esencia de la actualidad le permitían tomar otras imágenes, con las que pronto se labró una buena reputación como fotógrafo de viajes, que terminaría siendo su principal dedicación. En eso tuvieron una importancia fundamental instantáneas como las que disparó en la Patagonia. Una en particular terminó presidiendo la pared del salón de mi apartamento en una ampliación de generoso tamaño. Se trataba de una panorámica del Lago Fagnano con un colosal poder cautivador. Dos árboles frondosos se cruzaban en primer plano ocultando parte del espejo de agua y de la cordillera con sus cumbres coronadas de perfecto blanco. Sobre ellas, el sol iba camino de su retirada aunque aún no había alcanzado un punto tal que comenzase a teñir de ámbar la escena, sino que los colores se apreciaban vivos, penetrantes y orgánicos. Alejandro no había captado solo aquellos tonos y aquellas formas, no se había limitado a encuadrar y a exponer, a buscar un ángulo y una situación. Había penetrado en las entrañas de la creación, había comprendido aquel instante y lo había replicado como un escribano de luz haciéndolo, si no imperecedero, sí perdurable. Había conseguido que cuando cerrase los ojos pensando en aquellos árboles y la brisa que apenas agasajaba sus hojas, en aquel agua límpida y los destellos que la surcaban, recordase haber estado allí. Nunca un matemático había estado tan cerca de la fórmula del mundo. Y no llevaba números.

Yo, por contra, no les había dado tregua. Mientras Alex me escribía sus primeras postales con tinta verde, yo pasaba del aula a la oficina con un breve paréntesis de tres semanas en medio. Alejandro había encontrado su gran oportunidad colgando de un tablón de anuncios de la Universidad y yo por mi parte vi otra.

En aquel momento me enfrentaba a una incertidumbre que oscilaba entre incómoda y angustiada; la euforia por haber conseguido terminar la carrera que experimentara el día que hice mi último examen pronto dejó paso a un vacío descomunal. De repente lo que me había tenido ocupado durante los últimos años se había acabado y no tenía ni idea de qué hacer a continuación, lo que convertía la tranquilidad del deber cumplido en un desafío ímprobo por encontrar algo que lo sustituyese, alguna clase de reto en el que afanarme. Como si las paredes de aquel recinto universitario se hubieran convertido en apenas cinco años en un apéndice, encontraba sosiego en regresar allí, tal vez buscando una transición tranquila o directamente una continuación, esperando alguna clase de conexión entre la etapa que se cerraba y lo que había de venir después. Acaso por ello estaba considerando de forma muy seria comenzar el doctorado cuando me crucé el anuncio de Direl, que suponía la posibilidad de pasar de lamentar aquella nada repentina a disponer de una alternativa.

Envié el currículum un lunes y, tras un par de entrevistas con un tipo de aspecto muy elegante y comportamiento un tanto histriónico que luego se convirtió en mi jefe, al siguiente era un flamante becario con casi tantas ganas de tener un sitio donde pasar el día rodeado de gente como de aprender todas aquellas cosas nuevas que me iban lanzando. Partía de un compromiso de tres meses de prácticas pero, tras las dos entrevistas, todos asumíamos que -salvo desastre- aquellos tres meses eran el prólogo a un contrato y habían de servir para que aquellos meses dedicados a formación en los que mi aportación al negocio iba a ser casi inexistente no supusiesen una carga económica muy grande. El trato venía a ser: tu aprendes mucho, demuestras que no nos hemos equivocado apostando por ti, y a cambio nosotros te contrataremos. Me parecía más que justo y no revistió sorpresa alguna. Tres meses después pasaba a ser un empleado más de la compañía, a gestionar mi primer pequeño proyecto y a tener tarjetas de visita con mi nombre estampado en tinta gris.

La empresa era una consultora de pequeño tamaño, apenas treinta empleados, pero en pleno crecimiento y donde se advertía enseguida la presencia de una gran proporción de matemáticos en plantilla, junto a economistas y algún que otro físico. El objetivo de los

proyectos era usar las matemáticas para ayudar a otras empresas a ser más competitivas, a mejorar su seguridad o a estudiar el comportamiento de sus clientes. Desarrollábamos fórmulas y algoritmos para aplicar en aplicaciones informáticas, para proteger operaciones bancarias, pero también para predecir y analizar comportamientos ante anuncios publicitarios, o patrones de consumo. El jefe solía decir que nuestros clientes habían convertido sin saber muy bien cómo a las personas en números, y ahora nos tocaba a nosotros descifrar cómo. Luego era cosa de aplicar la propiedad conmutativa para averiguar cómo volver esos números humanos y viceversa. Era obvio que sus conocimientos de matemáticas no eran precisamente fastuosos, pero la primera vez que la escuché, aquella explicación acerca de lo que hacíamos me pareció –a pesar del punto teatral que le infundía el personaje- un tanto tierna, y la acabé adoptando, con algunos cambios, como respuesta a la eterna pregunta de a qué me dedicaba, precisamente porque me atraía la idea –un tanto romántica y novelesca- de que, de alguna forma, había algo más que cifras detrás de lo que hacía.

Pese a que el grueso del equipo era joven y reinaba un ambiente más que agradable entre todos, a pesar de que cada nuevo proyecto suponía una cierta renovación que insuflaba periódicamente un poco de aire fresco, pese a que aquel trabajo parecía dárseme bien y las evaluaciones de mis clientes y responsables eran buenas, no conseguía acabar de encontrarme definitivamente cómodo, de descubrir un equilibrio cuya búsqueda parecía haber sido –acaso inconscientemente- el impulso que me había llevado hasta allí. Periódicamente me hostigaba una pesadumbre que arrastraba durante varios días y me hacía sentir mezquino por no conseguir ser feliz con la vida que llevaba. Me observaba como un personaje solitario de una película en blanco y negro al que la cámara siguiese en un plano picado mientras realiza una serie de rituales diarios con una evidente desgana; un personaje desconocido, anónimo, a quien el espectador puede reconocer sombrío pero del que nada le permite distinguir la fuente de semejante estado para terminar de empatizar con su fracaso y tal vez comprenderlo. Hasta mi propia tristeza me resultaba incompleta, una tristeza de saldo.

Aquel sentimiento me había hecho plantearme en muchas ocasiones el dar un giro a mi vida. Cuando mi ánimo tocaba fondo me decía que debía intentar algo diferente, salir a buscar aquella armonía elusiva aunque eso supusiera derribar toda la estructura que había ido levantando inconscientemente como un autómatas, pero no lograba reunir el

arrojo necesario para afrontar semejante empresa . Cuando el optimismo regresaba en su mayor esplendor volvía a encontrar breves destellos de magia entre unas sombras que, bajo esa perspectiva, no pasaban de ser retales de pequeños desvelos, punzadas que la vida te hacía en la yema del dedo para probar que quedaba sangre en el cuerpo, en lugar de heridas abiertas.

Dejar aquel trabajo era siempre el primer paso a tomar en aquellas fantasías de renovación vital y más de una vez, tres en concreto, estuve a punto de abandonarlo como primer paso para reiniciar el contador pero en todas ellas surgió de forma repentina alguna variable imprevista que terminaba alterando el plan inicial.

Apenas un año después de incorporarme a Direl, cuando estaba pensando en desertar de la monotonía y las interminables horas en pos de la investigación, llegó una recompensa en forma de aumento de sueldo que, aunque austero, venía a representar una confianza en mi desempeño la cual tuvo mucho más que ver en la decisión de aparcas las aventuras que un dinero que, si exceptuábamos su carácter simbólico, no resultaba algo especialmente relevante para alguien que seguía viviendo en el mismo apartamento alquilado desde que me mudase a la capital con diecisiete años.

La segunda ocasión frustró mi plan un inesperada conversión en responsable de proyecto y la última vez llegué a conseguir exponerle a mi jefe mi intención de dejarlo. Creía haberlo hecho de una forma que dejaba claro que mi propósito era buscar un cambio de vida, pararme a reflexionar sobre lo que deseaba sin nada que me impidiese llevarlo a cabo, creía que había sido capaz de mostrar mi determinación lo suficientemente clara como para recibir como respuesta una bendición o un reproche; una, en todo caso, que asumiese mi decisión. Pero no fue así.

Cuando me senté delante de mi jefe, éste me dejó hablar, explicar mi discurso. Escuchó en silencio como lo hacía pocas veces, acostumbrado como estaba a llevar el peso de las conversaciones e incluso interrumpirlas de forma un tanto extravagante cuando la charla le parecía aburrida. Cuando terminé, su expresión no había variado un ápice y tan solo se apreciaba el mismo gesto de atención. Con total calma, como si estuviese esperando esa conversación desde hacía tiempo, pareció hacer suyas mis palabras e incluso mi desabrimiento y adoptó una actitud paternal, la del veterano que comprende los desvelos del chaval. Lejos de darme una palmada en la espalda y desearme buena suerte, o de indignarse y maldecir a esta juventud tan irresponsable, se puso cómodo en el sillón, tomó un bolígrafo entre sus manos para hablarme primero de su juventud y luego de la importancia de tantear bien cada paso en la vida. “Al fin y al cabo eres matemático,

¿no?”. Entré en aquel despacho dispuesto a dar un paso adelante, a renunciar a aquella vida que llevaba cuyo centro eran mis proyectos, mis clientes, mis fórmulas, mis compañeros, mis trayectos de ida y vuelta de casa a la oficina cruzando el parque, mis lecturas vespertinas y unos pocos sueños arrancados al olvido al despertar por la mañana, y salí con el compromiso de “valorar al menos” la opción de dar un paso adelante pero en la dirección opuesta. *“Eres bueno, y no creo que eso sea casual. Si lo que haces no te gustase aunque fuese un poco, nunca podrías haber conseguido los resultados que has tenido en estos tres años. Si no te ves con ganas ahora, si quieres darte un respiro, siempre vas a tener las puertas de Direl abiertas. Siempre. Para entrar y para salir. Solo te pido que pienses con calma en lo que te ofrezco antes de tomar una decisión. El corazón es importante en esta vida, pero tomar las decisiones con la cabeza, con la razón, me parece siempre mejor opción. ¿no crees?”*. Lo que me ofrecía era dejar de lado la vorágine de los proyectos y asumir una responsabilidad más comercial, la de investigar las necesidades de los posibles clientes y disponer de recursos para hacer un estudio previo de qué soluciones les podríamos aportar.

Sucesos como aquel acababan trastocando el razonamiento en base al que había justificado la aun precaria determinación, la audacia huérfana de coraje, y acababan por sepultarla bajo una montaña de miedo a lo incierto contrapuesta a la certidumbre que se me servía, que me hacían sentir un tanto irresponsable por pretender escapar sin una alternativa clara.

A la semana siguiente, firmé el nuevo contrato que había encima de mi mesa y firmé, una vez más, mi huida hacia delante.

De esa forma habían transcurrido aquellos seis años de altibajos, a merced de los caprichos de unas emociones casi tan volubles como el tiempo de aquella ciudad. Un día la más nimia peripecia me alzaba en volandas y me hacía sentir el centro del mundo, o al menos del pequeño mundo que me rodeaba; los niños que paseaban en su bicicleta por el parque entre las carreras de los perros o el saludo vivaracho de mi vecina me arrancaban una sonrisa. Otros, un detalle trivial me amargaba y el mismo saludo, los mismos correteos nerviosos por entre la hierba se convertían en la medida de mi fracaso, que estaba sobre todo en percibir el paso del tiempo por mi lado entre muecas burlonas como un adulto asomado a la sillita de un bebé haciéndole cucamonas ante la

cara de pasmo de este. Una decepción cuyo origen me resultaba desconocido y que mantenía confinada en mi interior, con la que había ido poco a poco aprendiendo a convivir para que no ensombreciese los pequeños placeres que me permitía.

Así las cosas, iba preparado para que la alegría por volver a ver a Alejandro no fuese empañada por mi sentimiento de fracaso, por la comparación entre mi monótona vida, esquiva con todo atisbo de interés, y la de Alejandro que, según yo lo veía, no resistían comparación. Sabía que Alejandro no pretendía restregarme por la cara su éxito o alardear de nada, modesto como él siempre había sido, sino que era yo mismo quien temía que aquel contraste instalado en mi mente, fruto de la idealización, convirtiese en protagonista involuntaria e inmerecida del reencuentro aquella decepción que trataba de mantener a raya con resultados un tanto irregulares.

De hecho, durante el trayecto hasta el Aeropuerto y en el vuelo, me encontré pensando que la visita inesperada a mi viejo amigo podía ser el revulsivo que necesitaba para volver a sentirme vivo. No podía volver atrás en el tiempo a los años de clases y trabajos esporádicos de fin de semana ni a las tertulias al sol en el césped que rodeaba el viejo campus, pero en el fondo lo que había hecho especiales aquellos momentos era cada una de las personas con quienes los había compartido. Casi todas ellas habían desaparecido de mi vida; unos habían conseguido encontrar trabajo en otra ciudad, otros habían renunciado a ello tras un tiempo regresando a sus pueblos con su familia y una orla que colgar en el salón, y de otros muchos sencillamente no sabía nada. Pero Alejandro era el hilo común en la mayor parte de aquellos recuerdos y por eso aquella postal, aquella llamada y el viaje en que devenían traía de vuelta al primer plano la complicidad de otros tiempos y, en su estela, toda una retahíla de emociones que tantas veces había tratado de invocar en vano. Todas ellas aterrizaron conmigo en Bruselas y para cuando abracé de nuevo a Alejandro a las puertas de la terminal ya se habían abierto paso relegando mi frustración, que tantas veces me parecía insuperable, a la categoría de simple bagatela.

Hicimos el recorrido hasta casi pleno centro de Brujas en un coche que Alex había alquilado para recogerme y que condujo él con total confianza pese a ser ya noche cerrada y a la ausencia de navegador en el auto. Más tarde descubriría que aquella pericia por las carreteras belgas no era innata, sino resultado del tiempo que para entonces llevaba ya instalado de forma más o menos estable en aquella ciudad.

El trayecto duraría aproximadamente una hora y media que debí pasarme parlotando porque en determinado momento el coche se detuvo y Alejandro musitó un “Bueno, ya estamos” cuyo significado me costó un par de segundos procesar pese a que el coche estaba ya apagado. Tampoco reparé mucho en el camino hasta su casa, aunque sí en el afilado frío con que nos recibía aquella ciudad. Una brisa heladora que se estrellaba contra cualquier parte desprotegida del cuerpo, que abofeteaba la cara y quemaba los párpados y que sin duda tenía mucho que ver en que las calles estuviesen casi desiertas rondando la medianoche de un viernes, quizás también en el silencio que reinaba incluso cuando una bicicleta te sorprendía justo en el momento de adelantarte y perderse entre la oscuridad con su lucecita azulada como si se deslizase sobre hielo en lugar de rodar por el empedrado.

Todo parecía haber sido dispuesto para invocar una especie de sosiego hipnótico desde todos los sentidos: el frío anestésico, el silencio imperturbable y una iluminación tenue se unían para devolver a la noche el protagonismo perdido, el puesto de que tantas veces despojada como reverso del día, como hogar de sombras y siluetas que abre la espita del subconsciente a figuraciones y espejismos.

Justo antes de llegar a la casa de Alejandro, me di de bruces primero con la misma silueta del pintor que había acompañado su llamada, y casi a continuación advertí el reflejo de aquella luz proyectando la sombra de un árbol sobre el agua en un tono anaranjado, tal que si trasluciese una hoguera que ardiese del otro lado. El calor del otro lado del espejo. Tal vez fuese aquella la magia de la ciudad, el aquelarre travieso. Tal vez por eso Alejandro había elegido aquella ciudad para morir.

B

La casa en que se había establecido Alejandro gozaba de una amplitud generosa, puede incluso que excesiva, para una persona sola. Ocupaba la mitad de la primera planta de un edificio de típica arquitectura flamenca de dos alturas que seguramente había sido en su origen una única vivienda. El inmenso salón en que me desperté era claramente su centro y funcionaba como distribuidor de una residencia concebida sin pasillo alguno, lo que contribuía a acentuar la amplitud de la estancia al tiempo que lo cuajaba de puertas. Desde el sofá-cama en que había pasado la noche tenía frente a mí dos balcones casi contiguos por los que entraba un torrente de luz solo levemente tamizada por unas

cortinas blancas –el color dominante en la estancia- tras las que se situaban, entonces apartadas, otras oscuras y de un tejido mucho más denso y pesado. Era el único de los cuatro flancos donde no había alguna puerta a la que asomarse. A mi diestra quedaba la principal por la que habíamos entrado horas antes, fácilmente distinguible por su aspecto robusto, así como la cadenilla de seguridad que permitía entreabirla. Carecía de la típica mirilla para curiosos y cotillas, y aparentaba bastante antigua con un porte rotundo en madera maciza oscurecida por sucesivas capas de barniz.

A la izquierda, una primera daba acceso al dormitorio de Alejandro y, a su lado, otra era la que llevaba al baño, como bien aclaraba un colgador que mostraba a una oronda dama resguardándose del chorro de la ducha bajo un enorme paraguas. Detrás de mí, tras los raíles de una corredera anchísima, debía estar -por eliminación- la cocina.

Cuando me incorporé para recuperar mi reloj de la mesa de centro en que lo había depositado por la noche vi la nota adhesiva que me había dejado Alejandro a su lado. Sobre el amarillo apagado del papel había escrito en grandes mayúsculas de color verde “Voy a entregar el coche. Vuelvo pronto. Hay desayuno en la cocina”.

Faltaban solo unos minutos para las diez de la mañana. Me sorprendió haber sido capaz de dormir tanto tiempo seguido en una cama extraña y no haberme siquiera desvelado cuando Alejandro se levantó, cuando se aproximó a dejar la nota a mi lado, cuando cerró tras de sí la pesada puerta del apartamento, o mientras preparaba los gofres que esperaban en la cocina. Fue al deslizar la puerta sobre sus rieles persiguiendo su olor azucarado cuando descubrí que no había un solo umbral, sino que había un segundo cuarto que resultó ser el centro del trajín cotidiano de Alejandro y el escenario de buena parte de las conversaciones que tuvimos desde entonces.

Al igual que el salón, la cocina estaba impoluta. Los cubiertos, recipientes y utensilios que habían sido empleados para preparar el desayuno se encontraban ya limpios y colocados en un organizador. Mientras mordisqueaba tras el balcón uno de los dulces, pensaba que tanto uno como otro espacio transmitían una extraña sensación de perfecto orden en el que costaba detectar indicios de que alguien habitaba allí. De no haber sido por la nota que aun llevaba doblada por la mitad en mi mano y por el aroma inequívocamente real que emanaba del plato en la cocina e inundaba la estancia podría haberme despertado en aquella casa creyendo que todo había sido un sueño. Que la postal, las horas conduciendo hasta Madrid, el vuelo, el trayecto hasta Brujas, la caminata nocturna y los reflejos nebulosos en el agua formaban parte de una alucinación

y aquella casa en la que había amanecido de repente solo refugiaba un fantasma silencioso.

Aun ahora me pregunto en ocasiones qué parte de todo aquello fue verdad, si algunas de las cosas que ocurrieron a partir de la tarde en que recibí la última postal de Alejandro y que nadan en la viscosa ciénaga de la memoria no serán más que delirios. He examinado cada uno de esos recuerdos infinidad de veces para buscar el fleco suelto que marcaría la frontera entre realidad y ficción; en las caminatas serenas en silencio y cuando el estruendo taladra mi cabeza. Lo sigo haciendo ahora mismo aquí sentado mientras mi mirada resbala por las palabras de cada línea del libro y cuando señalo con un dedo el punto exacto donde me he detenido un instante, a sabiendas de que quien tira de una hebra desatada de una tela puede acabar destejiéndola entera. No me importa. En el punto en que un solo fragmento de la realidad se vuelve inexacto, la farsa se convierte en ubicua, como en esas películas de viajes en el tiempo en que el protagonista tiene que ser cuidadoso para no alterar nada en el pasado si no quiere hacer desaparecer su presente-futuro. Con gusto me quedaría con el extremo final del hilo en mis manos y el resto enmarañado en el suelo porque eso significaría que, en el siguiente paso, podría comenzar a desenredar el revoltijo, a devanar los retales de ficción de mi vida desmenuzada. Eso es lo que pretendo.

La canción que acaba de empezar a sonar por el hilo musical de la tienda cuyo escaparate me serviría de espejo si quisiera certificar mi propia visibilidad llama mi atención súbitamente. Sumido en la lectura y en la introspección, con algún ocasional coqueteo curioso sobre el devenir de la existencia alrededor, no he prestado apenas atención a la música con que intentan atraer los sentidos de los compradores, la habitual mezcla de éxitos anodinos. El volumen no está muy alto pero hay un altavoz camuflado en el arbusto decorativo que reposa sobre una alfombra roja extendida a modo de invitación a unirse a la dudosa fiesta de la elegancia, así que puedo seguir de forma suficientemente clara la melodía a pesar del rumor de la calle y de los vehículos.

La única razón que hace encajar esa canción en el resto del repertorio más bien frívolo es que quien la eligiese se dejase llevar por la popularidad del grupo que la interpreta y por una línea de cuerdas y voz de tono épico que entran pasado el primer tercio como buscando un himno moderno, o por una interpretación de la letra como una canción de desamor. Pero hay más detrás de ella; en el lamento del piano que la cruza de principio

a fin, en un texto sobre dudas vitales que refleja miedos anclados en lo más profundo, se percibe un poderoso matiz oscuro que me resulta bien conocido.

Descubrí esa canción un par de meses después de mi primera visita a Brujas, justo antes de comenzar a errar por el mundo embarcado en una búsqueda que luego descubriría que era la incorrecta, y durante varias semanas me acompañó de una forma casi obsesiva porque me parecía que hablaba de mí, que retrataba no solo el momento de mi vida sino también que condensaba la esencia de los pasados. Desde entonces ha habido muchas otras que fui haciendo más a lo largo de estos últimos años como píldoras de identificación, compañeras evanescentes que refractaban todo cuanto me ocurría.

Me desconcierta un poco que suene en este momento uno de esos fragmentos sonoros que corrieron paralelos a los años –paradójicamente- más detalladamente grabados en la memoria pero a la vez más confusos, los que han transcurrido desde el reencuentro con Alejandro hasta ahora. Y además no uno cualquiera, sino el primero de ellos. Una explicación posible es la casualidad, y otra la causalidad. Cuando trabajaba en Direl solo había lugar para la lógica de la segunda, y más tarde creí casi ciegamente en la primera. Después de tanto tiempo ya no sé en cuál confiar; tal vez solo sean las dos caras de una misma moneda que gira a toda velocidad sobre su canto. Pero me sigue poniendo los pelos de punta esa canción.

Al fin rompió el silencio –porque los ruidos que hace uno en soledad nunca son tales, sino que forman parte inseparable del ser, como un aura inaudible- el giro de una llave en la puerta. Un sonido denso y hueco, rematado con dos golpeteos secos, uno por cada vuelta completada. El tintineo inmediatamente anterior a caer sobre un cestito de mimbre en la rinconera. Alejandro se detuvo apenas unos pasos después, escrutando el salón de la forma que lo haría alguien que quisiera comprobar si todo estaba dispuesto tal cual lo había dejado, buscando algún cambio o alguna presencia que trastocase el orden acostumbrado.

Por el hueco que mi presencia tras el balcón dejaba abierto entre las dos cortinas entraba un caño de sol trazando una línea recta hasta su cuerpo.

La noche anterior le había visto cambiado: un poco más delgado, con un aspecto descuidado y cansado que atribuí a los kilómetros al volante. Cuando llegamos yo tampoco debía tener muy buena cara, él me preguntó si tenía hambre y cuando le confirmé que había comido algo durante el viaje pareció liberarse de un pequeño peso y

dedujo que seguramente tendría ganas de descansar. “Pasa buena noche. Nos vemos mañana”.

Y bajo la luz de esa mañana apuntándole directamente entendí que aunque se le parecía, no tenía delante al mismo Alejandro de antes. No se me ocultaba que la gente cambia con el tiempo y nadie es inmune a su paso; engordamos o adelgazamos, renovamos gustos y estilo, aprendemos y olvidamos y todo ello va dejando rastro en cada uno. Si ya hubiera sido osado pretender encontrar a Alejandro igual al borde de los treinta que con veintitrés, más aun después de tantos países recorridos y tantas fotografías. No sorprendía que se adivinasen algunas canas en su pelo descuidado, antes siempre invariablemente corto, tampoco su tono de piel cetrino, de bronceado indeleble, delatando las horas vividas a la intemperie o la cicatriz que arrancaba en su mentón y seguía el borde de la mandíbula hasta perderse por la esquina derecha tras su rostro. No eran más que muestras del paso de la vida. Pero tras todo ello había algo más profundo que no había sido capaz de apreciar hasta ese preciso momento. De repente descubrí las huellas del insomnio, el gesto de la derrota, la postura del vapuleado en lo más hondo, y entendí que su postal era el siguiente paso tras haber intentado inútilmente lidiar por su cuenta con las brasas a punto de calcinarle, el lamento, la mano alzada pidiendo ayuda .

Supe entonces que había llegado el momento de saber por qué me había llamado Alejandro. Se dejó caer rendido en el mismo sofá donde yo había pasado la noche y con la mirada perdida más allá de las paredes de aquel salón pronunció la frase que resumía toda su angustia, el vacío y la pérdida: “Ya no puedo sacar fotos”.

El comienzo de una historia es siempre algo muy importante. Si pensamos en una novela, la primera frase marca el pulso de todo lo demás, coacciona al lector pero sobre todo al escritor. El mundo está lleno de grandes novelas con comienzos espantosos y de historias con comienzos brillantes que devienen luego en mediocres, es cierto. Pero la rotundidad y la precisión de un buen arranque condensan el brío del que surge el relato con la intención de insuflarlo en quien recoge esas primeras palabras, actuando de cachete que despierta la atención del receptor y de envite autoimpuesto para el cronista. Por esa razón siempre había encontrado un especial encanto en paladear las primeras frases de los libros que leía. Solía devorarlos a una velocidad casi insana, pero a menudo me detenía en los primeros compases, y muchas veces volvía sobre ellos a lo largo de la lectura en busca de nuevos recodos. Me había acostumbrado a imaginar el

proceso que había llevado al autor a elegir esas palabras concretas y no otras para comenzar.

“Ya no puedo sacar fotos”. Alejandro había soltado aquella frase resuelto y la repitió poco después exactamente con las mismas palabras. Estaba claro que había dado muchas vueltas a esas palabras seguramente espoleado por la esperanza de que escarbar en busca de ellas por entre su dolor le ayudaría a entenderlo mejor y, entendiéndolo mejor, comenzar a marginar sus secuelas. Sentía una amargura aguda que no era capaz de superar, pero también tenía miedo de terminar descubriéndose demasiado turbado por ella, de haberse estado ahogando en un vaso de agua por ser incapaz de ver el detalle. Así que cuando escuché ese comienzo rotundo le imaginé desvelado en la cama debatiéndose entre lanzar la petición de ayuda o seguir intentando capear el temporal, escogiendo el correo como método para ponerse en contacto, eligiendo cuidadosamente la postal –ahora entendía que hubiese enviado una postal comercial, y no una de sus fotografías- en alguna tiendecita de recuerdos, esperando la llamada tras el balcón mirando la vida pasar allí afuera. Apenas unos metros le separaban de la gente apresurada mojándose allí abajo con una lluvia desobediente que pasaba por su lado y se estrellaba en el cristal, pero les sentía lejos, se sentía ajeno a ellos como si hubiesen desconectado el cabo invisible que mantiene interconectado todo lo vivo. Atardecía ya y lo que quedaba de día tenía una refulgencia oscura que había visto en muchas ocasiones como esa en que las nubes negras de lluvia se encontraban con la puesta de sol cuando sonó el teléfono, salió de entre las cortinas como despertando de su ensoñación y respondió seguro “Hola, ¿qué tal?” porque sí, ya sabía quien había del otro lado.

El hechizo había terminado. Así de simple y así de complejo. En algún momento había perdido la pasión y dejado de encontrar sentido a algo que él mismo había convertido en parte de su vida. Aunque después de aquella frase su discurso se volviese un tanto alborotado y desordenado, lo relevante ya estaba dicho con aquellas cinco primeras palabras. Podía uno entenderlas del todo o no, pero desde luego no podía ser ajeno a ellas y cualquiera que hubiese escuchado o visto hablar de fotografía a Alejandro diez años antes percibiría el drástico vuelco de la fascinación al desencanto que evidenciaban los gestos y las palabras.

“¿Sabes?” –me dijo en un momento- “Yo antes disfrutaba tomando fotografías. Poco importaba si era una ciencia o un arte, solo que era algo real, un instante detenido y

atrapado al olvido. Pero todo es mentira. La fotografía no es más que luz que representa objetos, una ilusión que nos hace creer que algo es real.”

“Mira”, dijo, y se levantó de repente de un salto. Cruzamos el salón y corrió la puerta de la cocina en el sentido contrario al que yo lo había hecho poco antes, dejando a la vista otro cuarto que en su momento debió de servir de habitación pero que ahora cumplía la función de estudio. En el extremo opuesto a la entrada había una ventana estrecha pero inusualmente alta y presidiendo toda la estancia una mesa de trabajo descomunal en madera que a la fuerza tenía que haber sido montada dentro de la sala porque aunque tal vez hubiese cabido por la puerta corredera, desde luego no lo habría hecho por la principal ni tampoco por los balcones. A un lado de la mesa una pantalla de ordenador también de gran tamaño y en el centro una zona despejada. El resto lo ocupaban fotografías de diferentes tamaños, algunos libros, carpetillas que -como habría de descubrir luego- contenían más fotografías, varios cuadernos y unas curiosas tarjetas de cartulina blanca rayadas con unas discretas líneas rosa que tenían aproximadamente el mismo formato y tamaño que una fotografía normal salvo por un saliente en su parte superior que, según la versión, se situaba más a la izquierda o a la derecha de la tarjeta. Su diseño indicaba que estaban pensadas para catalogar fotografías, pero algunas de ellas recogían números de teléfono o direcciones, así que Alejandro había dado en usarlas como si fuesen un taco de notas.

Al fondo a la derecha se alzaba una portezuela entreabierta a un cuartucho oscuro sobre la que se había instalado una lamparita que llevaba una leyenda de letras rojas con la palabra ‘BUSY’. Haciendo un gesto hacia aquel vestidor reciclado, pregunté a Alejandro “¿Oye, cuánto tiempo llevas viviendo aquí?”

- Unos cinco meses. Lo dices por el cuarto de revelado, ¿verdad?. Ya estaba ahí cuando yo llegué. El anterior inquilino era fotógrafo y decidió convertir el único hueco sin luz natural de la casa en un aprovechado cuarto oscuro. Un tipo peculiar, ese Frank, muy peculiar y un tanto paradójico.

Por un momento pareció olvidar que me había arrastrado a su estudio para enseñarme algo e incluso su gesto preocupado pareció relajarse mientras contaba historias del tal Frank.

“Esa luz que ves en la puerta la mandó instalar de forma que sólo se iluminase al accionar desde dentro el interruptor que enciende también la luz inactínica, pero solo en caso de que la puerta esté cerrada, ya que al abrirla se apaga. Luego le dijo al

electricista que si quería que le pagase esa parte de la instalación tenía que demostrarle que funcionaba.”

- ¿Y funciona? – pregunté yo.
- Pues no lo sé, uno solo no lo puede comprobar- dijo, y como un resorte se metió en el cuarto y cerró la puerta. - ¿Qué, se enciende?- su voz saliendo de allí adentro sonaba hueca y apagada
- No, sigue igual.
- Me temo que debe de estar fundida- comentó mientras salía de entre la negrura del cuarto entrecerrando los ojos para acostumbrarlos de nuevo a la luminosidad del estudio.

Yo, que continuaba dando vueltas a la broma del ingenioso fotógrafo checo al electricista creí haber resuelto el enigma y apunté “podía haber sacado una foto”.

- ¿Eh? – fue su respuesta
- Digo que nuestro amigo el electricista podía haber zanjado la disputa sobre la luz proponiendo tomar una foto de la luz encendida. Frank podría haberse encerrado en el cuarto para accionar el interruptor mientras fuera el técnico usaba la cámara para certificar que la lámpara funcionaba. Es más, ni siquiera necesitaba a nadie, el propio Frank podría colocar su cámara sobre un trípode para que apuntase a la puerta, programar el disparador automático y luego encerrarse en el cuarto.

Alejandro rompió a reír con energía en unas carcajadas nerviosas y sonoras mientras me miraba fijamente con una expresión de clarividencia que parecía decir que esa misma pregunta ya se la había hecho él mucho tiempo antes y ya había llegado a una conclusión al respecto. Luego solo añadió “¿eso no implicaría que Frank podría estar a la vez a un lado y a otro de esa puerta?”.

Lo que Alejandro quería enseñarme en su estudio eran unas imágenes que colgaban tras la enorme mesa en un tablero de corcho situado en la pared que mediaba con la cocina. Allí había unas cuantas, todas ellas eran paisajes y todos con una belleza atrayente. Llamaron mi atención dos en las que la luz, el agua y la superficie representaban un equilibrio sorprendente. En la primera los meandros de un río que discurría tranquilo a lo largo de unos cañones se llenaban de luces y sombras, más oscuras las que procedían de otras montañas que se imaginaban detrás nuestro y tenues las que procedían de las nubes blancas que se desperdigaban sobre un cielo que redefinía el color azul

arrancando en un tono contundente, casi frío, que se iba clareando cuanto más cerca del horizonte. El color de la tierra no era parduzco o rojizo como en otras imágenes que había visto con frecuencia de cañones parecidos, sino de un marrón oscuro similar al de la arcilla húmeda regado con el verde de un musgo que escalaba las paredes de los barrancos y las lomas.

Había tenido la oportunidad de contemplar muchas de las fotografías de Alejandro en algunas de las publicaciones en las que colaboraba, pero estaba seguro que nunca había visto ninguna de ese lugar. No hizo falta que preguntase, porque el propio Alejandro me dio la respuesta, una de esas que a priori resultan un tanto desconcertantes: “ese sitio no existe”.

- Ese sitio no existe...- repetí intentando alcanzar el sentido de la frase que acaba de pasar volando por mi lado.
- No. Ni ese, ni esos otros –se refería a una imagen nocturna de un lago en cuyo agua se reflejaba una luminosa luna llena, y a otra de un desierto-. Ninguno de esos lugares existe en realidad.

Se inclinó entonces sobre el ordenador y agitó el ratón para resucitar del sueño al gigantesco monitor. En él apareció una panorámica incompleta desde la desembocadura de un río. A medida que la imagen se iba adentrando hacia tierra emergían montañas cada vez más altas, formando una cordillera captada a contraluz del sol que se perdía en un horizonte tan lejano que se apreciaba sin duda la redondez de la tierra. Algunas partes de la escena eran polígonos negros que se iban desvelando poco a poco manifestando lo que había tras ellos: primero el negro mostraba un trozo azul de cielo, que luego cubría la esquina de una nube para luego ser ocultada por la cumbre de una montaña. Poco a poco fueron desapareciendo todos los huecos en la escena hasta que todo aquel paisaje quedó completo. Entonces, el ordenador emitió un pitido y Alejandro preguntó, señalando aquel lugar, “el otro día soñé con este sitio, ¿crees que es real?”

Incluso una vez sabías que aquellas fotografías no eran tales, resultaba difícil creer que los pequeños matices, las tonalidades de la luz, los reflejos y las sombras eran el resultado de una serie de fórmulas matemáticas introducidas en una aplicación informática. Aparentemente, Alex había alcanzado un dominio asombroso de la herramienta a base de intentar reproducir en ella lugares que habían surgido en su imaginación como una forma de pasar el rato tras su desencanto con la fotografía.

Sin embargo, su visión no era la de que las imágenes generadas en el ordenador parecían tan reales como las tomadas con la cámara, sino que consideraba las fotografías tan falsas como aquellas.

“Si tú tomas una instantánea de un reloj, habrás captado una luz de un instante que ya no existe más y que no has vivido. A menudo pensamos en la fotografía como un acto de creación, pero realmente es más un arte de retrato de la destrucción continua, un intento vano y cínico de pervivencia que se aferra a una de las grandes mentiras de todas las que nos contamos: la necesidad de continuidad. El ser humano no es capaz de vivir sin la idea de continuidad, pocas cosas se hubiesen hecho si todos pensásemos en las limitaciones que impone el tiempo”. “Para muchos, la fotografía por el contrario es el proceso de estampación de un recuerdo, pero desde ese punto de vista sigue siendo una farsa temporal; no es más interesante acumular recuerdos que coleccionar objetos. Todos desaparecen cuando morimos, todos son la prueba de que el ser humano está condenado a ser infeliz mientras viva más en el pasado que en el presente.”

“La nostalgia de un pasado idealizado, convertido en mentira por nuestros recuerdos, nos impide enfrentar el presente. La belleza de una luz cribada por la maestría o la casualidad nos niega la posibilidad de apreciar sus alternativas” “Fotografiar un instante es la peor manera de destruirlo”.

En muchos puntos la conversación se convertía en un monólogo donde yo me limitaba a escuchar sin saber expresar una objeción al discurso de Alejandro, que hablaba con el convencimiento de quien fundamenta su dictamen sobre la experiencia, pero no al modo de un padre empeñado en que sus hijos no cometan los mismos *errores* que él sino al de un anciano que ordena todas sus experiencias para construir una cosmovisión que las dote de significado.

Era apenas unos meses mayor que yo, pero desde luego su paso por el mundo había sido hasta el momento bastante más intenso que el mío. Mientras yo estaba debatiendo en reuniones interminables sobre la mejor forma de enfocar un cambio en el algoritmo de búsqueda de clientes morosos en la base de datos de un banco, deseando llegar a casa para retomar la lectura de alguna historia, él había salido a buscar esas historias y a mirar a los ojos a la realidad, así que si alguien podía permitirse filosofar sobre el sentido de la vida y que le escuchase con respeto, ése era Alejandro.

Apenas tuve ocasión de conocer Brujas ese fin de semana, aunque tampoco sentí una imperiosa necesidad de hacerlo. De hecho ni siquiera tenía la sensación de estar en una

ciudad extraña, sino de asombrosa familiaridad, seguramente propiciada por encontrarme acompañado por mi viejo compañero de fatigas.

Aquel sábado merendamos en una cafetería de la Plaza Mayor –Grote Markt-, un lugar bastante habitual en las rutas de los turistas, a juzgar por el constante trasiego de ellos entremezclándose con los habitantes de la ciudad. Seguramente Alejandro escogió aquel lugar para que pudiese visitar alguno de los rincones típicos de la ciudad, pues no parecía el sitio que él escogería para aislarse o inspirarse, pero aun así se le notaba un poco más cómodo y animado en aquel café. Como si salir de aquel cuarto le hubiese ayudado a dejar de lado sus decepciones, la conversación empezó a abrirse un poco más, a hacerse más rápida y abierta. Fue durante la misma cuando me contó, con el tono de una confidencia que fuese incluso demasiado íntima hasta para con un amigo, que había estado escribiendo No sobre fotografía o incluso sobre matemáticas, como yo supuse en un primer instante, sino que había estado escribiendo ficción sin un sentido concreto.

- ¿Y sobre qué escribes?- le pregunté
- No sé, sobre nada en particular – respondió mientras alzaba los hombros y entornaba los ojos en un gesto que casi denotaba tanto desinterés como modestia – simplemente empecé a sentir la necesidad de hacerlo, a veces siento incluso que no soy yo el que maneja mis dedos. Es una sensación muy diferente a la que tenía con la fotografía, incluso cuando hace años disfrutaba retratando escenas en lugar de dedicarme a analizar cada detalle para adecuar el resultado a una idea preconcebida. Mientras escribo, de alguna forma mi mente no me pertenece y quizá por eso no tengo claro sobre qué lo hago. De todas formas, dicen que sólo hay dos grandes temas sobre los que escribir, ¿no?
- El amor y la muerte, –apunté yo- aunque yo siempre he creído que hay un tercero: la creación. Aunque quizás cabe plantearse si no es una forma de amor.
- Al contrario. –replicó convencido Alejandro- Lo que entendemos por “crear” es más una forma de muerte. No es un acto altruista de amor a nada, es una maniobra egoísta que tiene más que ver con la muerte. Así que escribir sobre ello es hacerlo sobre la muerte.

Cuando sugerí que me permitiese leer alguna de las historias que había escrito una mueca de titubeo me dejó entrever que no se sentía del todo cómodo con la idea de mostrármelos. Solo prometió con un “cuando llegue el momento, sabes que serás el primero en leerlos si quieres” que tal vez debiera haberme sonado un tanto enigmático.

Su reacción pudorosa me resultaba comprensible con total plenitud, especialmente tratándose de textos que parecía haber empezado a escribir a modo de liberación, una suerte de terapia, así que di por buena su respuesta. Después volvimos paseando a su casa a continuar sumergiéndonos en recuerdos y en conversaciones sobre nostalgia. Dos amigos sacando la pesada carga de la mochila de su alma y apilándola en un rincón de aquel estudio, barajando desengaños, proponiendo aforismos nuevos que sonaban tan gastados como todos y pensando en voz alta.

Luego yo me fui.

La siguiente vez que pisé aquella casa ya había llegado el momento de leer lo escrito por Alejandro y entonces aprecié en aquella promesa un matiz casi siniestro en lugar de la frase inocente que había escuchado en un primer momento. En realidad no había comprendido nada de nada.

El regreso a casa me dejó apagado, todas las sensaciones que habían aparecido en la ida se esfumaron en la vuelta. Encontrarme a punto de regresar a mi rutina no hizo más que avivar mi preocupación por Alejandro y arrastrarme a una tolvanera de pensamientos revueltos acerca de la importancia de las cosas. En apenas dos días, en la casa que Alejandro guardaba al misterioso Frank, la naturaleza de mi preocupación había cambiado.

Era como si repentinamente hubiera descubierto un vínculo oculto que reordenaba las prioridades. Empezaba a angustiarme la situación de Alejandro tanto o más que antes lo había hecho la mía.

Volví al trabajo el martes dando vueltas a las conversaciones con Alejandro, a sus gestos, enfrentando al que había visto aquel fin de semana con el de años atrás. Dedicué un buen rato a escribirle, intentando evitar un optimismo vano que tampoco podía hacer mío.

Al día siguiente tenía una respuesta suya, una larga diatriba enviada de madrugada que enlazaba con algunas de las frases que yo había escrito. Volví a emplear un buen rato de la mañana en responderle y a partir de entonces aquel mensaje diario se convirtió en un rito, un pacto tácito cuyos envíos se interrumpían los fines de semana.

Había algo especial en cada uno de los mensajes que intercambiábamos. No es lo mismo pensar en silencio que hacerlo con alguien. Apenas hablábamos de lo cotidiano: yo sentía que no había nada que pudiera acercarse a ser mínimamente interesante entre

las reuniones y Alejandro casi siempre ignoraba mis peticiones de detalles sobre la vida en Brujas. Solo en ocasiones se recreaba en describir alguna situación de apariencia inocente pero sobre la que levitaba cierta magia. Aquellas estampas no eran más que descripciones de encuentros con vidas ajenas, muy similares a fotografías como las que tomaba antes de separarnos, traducidas del lenguaje de la luz al de las palabras.

Salvando esos mensajes en que la atención recaía sobre azares y casualidades arrancados a golpe de observación, lo más habitual eran las reflexiones casi metafísicas sobre asuntos como la muerte, la condición humana, los sentimientos, el lenguaje o el tiempo. Puede que los segundos fuesen una forma tan buena como otra cualquiera de olvidar nuestro propio miedo intentando entender un mundo desordenado donde cada pequeña cosa que iba pasando a nuestro alrededor parecía contravenir alguna de las normas que habíamos formulado poco antes. Pero los primeros eran los que de verdad conseguían hacerme esbozar una sonrisa, recordar al Alejandro imaginativo e idealista, el tipo bonachón que podría ser capaz de dar las gracias hasta a su asesino.

El último mensaje que recibí de Alejandro fue precisamente uno donde el protagonista era uno de esos pequeños instantes en que una ráfaga de lucidez impregnaba algún encuentro casual.

Una madre tiraba de su hija que lloraba y berreaba por alguna razón desconocida que parecía no importarle mucho a la mujer. La chiquilla era lo suficientemente pequeña como para que su madre, de considerable estatura y que calzaba además zapatos de tacón, debiera adoptar una postura un tanto artificial para arrastrarla –casi elevarla– cogida de la mano. Pero también había crecido lo suficiente como para que resultase de todo punto imposible llevarla en brazos, así que la pequeña era remolcada entre sollozos.

No resultaba difícil intuir por qué había atraído la atención de Alejandro aquella escena ya que era incapaz de permanecer indiferente a la tristeza ajena o al llanto, más aun si era de un niño. Si le observabas atento podías apreciar su rostro comenzando a reflejar un rictus serio y adoptar una expresión entre pensativo y triste que indicaba que estaba intentando comprender la razón de ese llanto o puede que de todos.

Así, Alejandro estaba mirando fijamente a la chiquilla del vestidito verde cuando se detuvo tras su madre a la espera de que el semáforo permitiese a los peatones cruzar el dominio de los coches. Tras ellas apareció trotando un perrillo que volvió la cabeza hacia los gemidos de la pequeña y se sentó a su lado ante la atenta mirada de esta.

Entonces el perro, un labrador de color crema, agachó la cabeza casi a modo de reverencia y depositó a los pies de la niña un juguete que traía en su boca, que esta recogió entre asombrada y sonriente. Se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas contra los hombros verdes de su ropa y abrazó al labrador hundiendo su cara entre el pelaje del animal.

En el mismo instante en que el semáforo se abría, la mujer se volvió hacia la niña, que ya no lloraba, con expresión de suficiencia y triunfo. Entonces vio a la niña absorta con su nuevo juguete, y su gesto se convirtió en uno de desconcierto, pero no dijo nada. Se limitó a cruzar la calzada con la niña tras ella mientras el perro se había perdido ya entre la multitud calle abajo. Pero de repente, algo había arañado su certeza al tiempo que había proporcionado a Alejandro uno de esos momentos mágicos de lucidez que había terminando compartiendo conmigo.

Aquella clase de instantes en que de alguna forma acariciaba la verdad detrás de las cosas le hacían sentirse especialmente dichoso. Tras el detallado relato, el mensaje de Alejandro se cerraba con una frase que venía a confirmar cuánto suponía para él disfrutar de un momento así, presenciar cómo el azar mueve las vidas.

“Si mañana no despierto, recordad que hoy fui feliz”.

Esas fueron las últimas palabras que me escribió Alejandro. Las leí y respondí el viernes, pero el lunes no había un mensaje suyo esperándome. No me preocupé, incluso llegué a pensar que tal vez aquella última inyección de ánimo le había motivado a discurrir algún entretenimiento. No dejaba de ser una buena señal el hecho de que se hubiera olvidado de escribirme.

Pasó el día, volví a casa caminando por entre los árboles del parque, que empezaban a perder sus hojas, dejando un manto que al final del día era una alfombra de tonos ocres que los operarios de la empresa de limpieza de afanarían en limpiar al día siguiente, como si quisieran eliminar todo rastro del otoño, ocultar a la ciudad el paso del tiempo, evitar que las hojas inertes crujieran bajo nuestros pies. Me crucé en el portal con mi vecina y su eterna sonrisa. Subí en el ascensor y, mientras buscaba la llave, escuché el teléfono sonar al otro lado de la puerta.

Entonces lo conecté todo. Había leído en alguna parte que el teléfono nunca está sonando cuando llegas a casa si no es para dar una mala noticia. Antes de abrir la puerta, antes de levantar el auricular, ya sabía que al otro lado alguien me diría que Alejandro había muerto.

¿Continuará...?

David LS

Octubre 2011